

en esta novela más amor del autor por sus personajes, algo que condujera al lector a apasionarse más por ellos. Pero sobresale por el caudal psicológico, por el curso sostenido de la narración y por la facilidad del lenguaje y del diálogo. (1)

Popeye.

□ Sí. El cinema ha llegado a brillantísimas consecuciones. El cinema ha logrado alturas inesperadas, que quitan, por fortuna, los resabios de los innumerables desaciertos del negocio yanqui de películas. Pero ellos mismos nos dan sus triacas para los malos productos. Y entre estas triacas, pocas, quizá ninguna tan certera, tan maravillosa como Popeye, el marinero de la voz gorda; Popeye, *the sailor man*, el forzudo que come espinacas en los dibujos animados.

Fueron estos dibujos, desde hace tiempo, casi desde su iniciación en el cinema sonoro, un espectáculo maravilloso, quizás la verdadera obtención concreta de la poesía y de la pintura superrealista. No creo que se indigne quien se dé cuenta de las cosas: No hay superrealismo más admirable y espléndido que el de los dibujos animados. Primero fué el gato Félix; luego, el conejo Blas. Walter Disney se encargó de darnos en sus «Silly Symphonies» el agrado que nos podían quitar los films pesados que formaban en corazón pretendido del programa. Hay que llegar temprano al cine para ver lo mejor, generalmente. Fué Betty Boop y su compañero, el divo pechisacado, más tarde. Pero nadie ha llegado (ni en los colores de los cuentos para niños) nadie ha llegado a Popeye, el de los brazos gordos, el de la pipa vacía, la voz inconmensurable, las espinacas alimenticias y productoras del «robur» más envidiable. Junto a su mujer, junto a Bluto, el de la barba inflorida, Popeye es el héroe del cinema actual. Y junto a los Fairbanks, juniors o seniors, y las

(1) N. R. F.

Garbos, y las Bankheads y los Barrymore: Salud, Popeye, desde el momento en que, junto a las letras titulares del celuloide, se oye la musiquilla consabida y el vozarrón que dice: *I'm a sailor man...*

El Sarre, decidido.

□ Hace unos meses, decía Pierre Hamp, en una encuesta sobre las posibles o probables determinaciones de la cuestión sarrense: «El Sarre es un país alemánico de conciencia alemana, de la misma manera que Alsacia es un país alemánico de conciencia francesa. La observación, muy sincera e independiente, obedecía a la tesitura francesa en la debatida cuestión, Francia se dió cuenta, desde el primer momento en que Knox se encargó de establecer los procedimientos del plebiscito, de que el Sarre no quedaría francés. Se oponían, dentro de la región, el *Deutschfront* de Hermann Rochling y el *Saarfront*, de Marx Braun. No había otros partidos que tomar ni otros límites en que encuadrarse. Francia, para los del *Saarfront*, era una banderola, un señuelo, pero jamás el fin determinado de una idea política. Existían en el Sarre tipos que se delimitaban en uno u otro de los frentes; y en el opuesto al Reich y a Hitler, caían los sarrenses y alemanes que no se hallaban a gusto con el régimen nazi o los que habían recibido de éste algún desaguisado. El *Social-demokrat* que llegaba a Sarrebruck huyendo desde un campo de concentración, lo primero que hacía era mostrar en la plaza pública los cardenales y trallazos del látigo de los adolescentes de Heines o los animaluchos de Hesse, y afiliarse al frente de Braun.

Pero los naxis, que saben cultivar el campo, habían erigido a su héroe. Como Horst Vessel es el héroe alemán por excelencia, el héroe sarrense era (y es), Schalgeter. El mito Schalgeter, divinizado, muerto por los franceses, flor y nata del Sarre alemán, produjo sus efectos. Los centenares de sarrenses que se